

TIEMPOS DE FIGURANTES, ¿PASADO, FUTURO?

Agustín Alcaraz Peragón

Hace cien años las procesiones estaban a punto de cerrar un período de incertidumbre en que los cabildos “de Llamada” no concluían automáticamente con “música y a la calle”. La creación de las agrupaciones garantizaba la salida de las procesiones y dejaba atrás la búsqueda de financiación externa, a través de mecenas que se hicieran cargo de la salida de cada trono. Pero aunque así nos lo han contado, aquel no fue el más importante de los cambios que las agrupaciones aportaron a la Semana Santa de Cartagena. Porque junto a una solución económica, la nueva estructura de las cofradías eliminaba el papel de los figurantes, que cada año vestían los trajes de capirote tras una complicada leva.

Los cofrades eran pocos, muy pocos, hasta ese momento, y limitaban su participación en las procesiones al hábito de nazareno. Pero la Semana Santa adquiría una nueva dimensión, se abría a la ciudad, integraba colectivos, que además contaban con la peculiaridad de heredar unos trajes de capirote propiedad de las cofradías, trajes que hasta ese momento llevaban personas contratadas. Vestían así todos igual; sin que una vez en procesión fuera posible una distinción de clase social, de ideología, de formación o implicación en el día a día.

Las procesiones se popularizaban, recuperando su origen penitencial, fomentando que los que en ella participaban lo hiciesen de forma anónima, sin exigir una especie de limpieza de sangre o un canon de hidalguía.

Aquel fue un camino que seguirían, cuatro décadas más tarde, los portapasos, configurando así una Semana Santa de todos, participativa e integrada. En ella, aprendimos que los procesionistas colaboraban entre sí, se esforzaban en superarse y trabajaban duramente todo el año en el seno de sus cofradías para engrandecer su patrimonio con unas altas exigencias de calidad, vendiendo lotería u organizando actividades para conseguir los recursos que hicieran posible la finalidad de una cofradía: el culto a sus Titulares y la salida de las procesiones.

Mirar atrás debe servirnos no sólo para aprender del espíritu de sacrificio, de la implicación y el buen hacer de nuestros mayores, ese tópico del patrimonio “que de ellos heredamos y que debemos transmitir a nuestros hijos”. Mirar hacia atrás debe también disparar las alarmas para evitar los capirotos que ya no se visten en casas del recorrido, sino lejos de éste, sigan yendo a menos.

Si ponemos el punto de mira en unos objetivos alejados de ese procesionismo que heredamos; si las procesiones olvidan que su público ya no se asoma a verlas desde el balcón, sino que tiene que “bajar al centro”; si cambiamos la superación y la exigencia de un buen desfile por una relajación en las formas y por otro tipo de prioridades en el día a día de los cofrades (antes procesionistas), probablemente no sólo tendremos filas más cortas o tronos que volverán a las ruedas. Probablemente tendremos de nuevo tercios con figurantes. Y no me refiero a los que lucen medalla, sino a los otros, a los de antes de 1925.